Nueva edición de

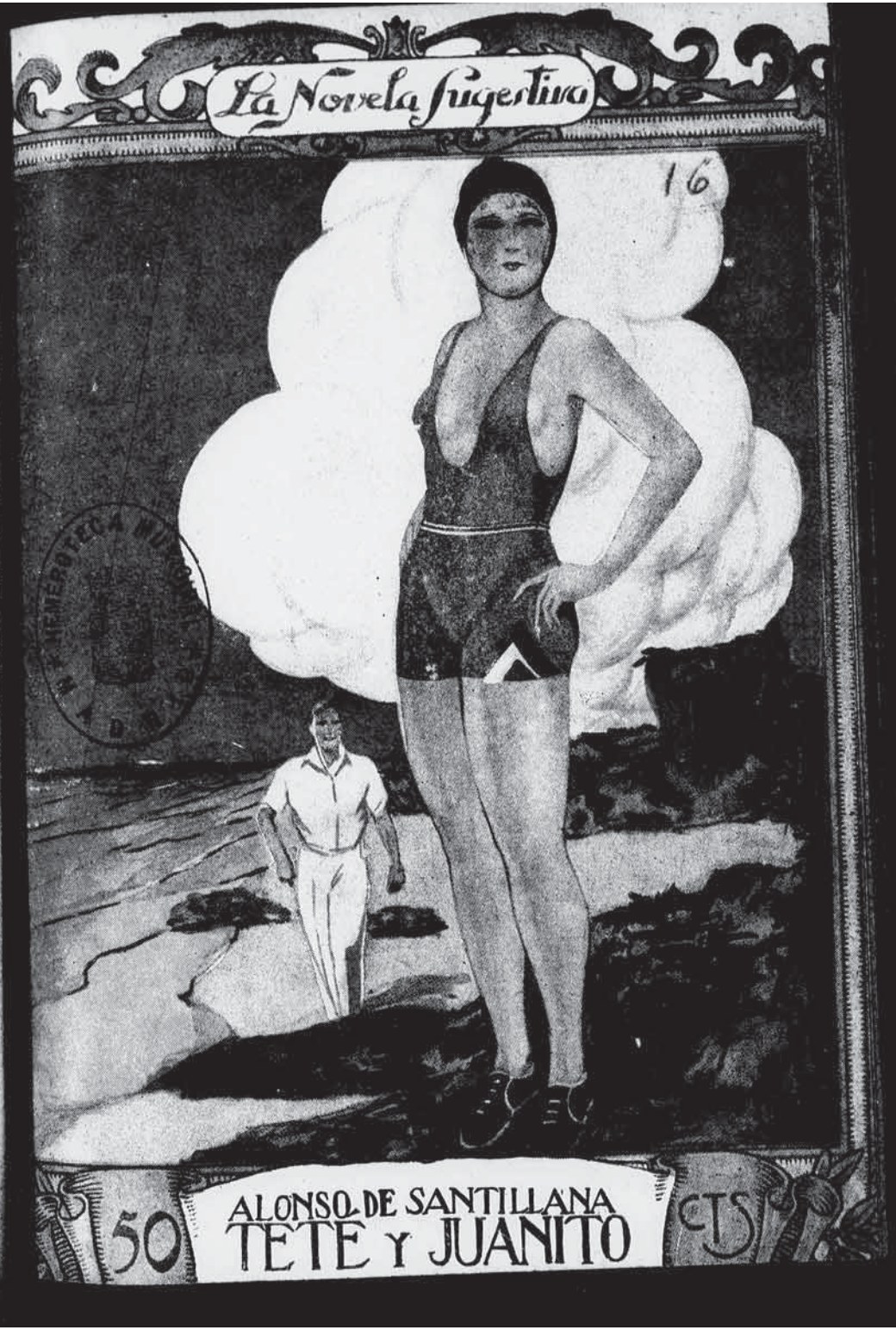
# ROCAMBOLE

Los 40 episodios completos

En 40 números semanales ∞

Tomos de más de 100 páginas

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS



# TETÉ Y JUANITO

La Novela Sugestiva

# TETÉ Y JUANITO

por

ALONSO DE SANTILLANA

Ilustraciones de
ESTEBAN

16

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



TETÉ tenía veinte años, lo cual no es nada extraordinario, por ser cosa que está al alcance de todas las muchachas que han nacido hace cuatro lustros; pero, además de veinte años, tenía la cara más bonita entre las muy bonitas caras de la costa vascofrancesa, y eso sí que nos parece cosa extraordinaria.

Teté, con sus veinte años y su preciosísima cara, podía haber sido una de estas tres cosas: una novia deliciosísima, una esposa en extremo interesante o una de esas chicas difíciles de definir que se pasean en maillot por la playa de Biarritz, y que si en vez de por gastarlos les diera por hacer colección de billetes de cien francos, podrían pegar en su álbum tres o cuatro cada noche.

Pero Teté no quería ser ni novia, ni esposa, ni coleccionista de billetes... ¡Quería ser abogado!

Su aspiración mayor era que llegase día en el

que pudiera ocupar un puesto preeminente en el foro.

Estos son tiempos de tolerancia, y las mujeres pueden pensar y obrar como les dé la gana.

Por esta simple razón, Téte, mientras las muchachas de su edad iban a divertirse a los dáncing y a descoyuntarse de tanto bailar charlestones, Téte, decimos, recorría sin descanso los centros obreros de Bayona y los de las otras poblaciones para llevarles la buena nueva.

Para Teté la buena palabra estaba condensada en esta frase: La Emancipación de la Mujer.

Y, en tanto que sus jóvenes amigas sentían palpitar su pecho porque el joven bailarín argentino las había mirado con sus ojos de terciopelo y habían querido ver en la mirada algo prometedor, Teté dominaba los latidos de su corazón cuando «su público» la aplaudía.

«Su público».

La chica decía «mi público» con el mismo entusiasmo con que las demás decían «mi novio».

¿Cuál era, en resumidas cuentas, el público de la muchacha que tenía la cara más bonita de toda la costa vascofrancesa?

En primer lugar, un lote de viejas damas que, a decir verdad, no tenían necesidad de emancipaciones de ninguna clase; luego, un puñado de chicas que concurrían por casualidad y que, cuando Teté hablaba, abrían unos ojos muy grandes, y a las que sus madres hubiesen calentado las orejas



de haber sabido dónde se metían, en lugar de concurrir al cinema de la esquina a ver el séptimo episodio de *Los misterios de la Alcoba Embrujada*, y, por último, un joven que se hallaba siempre en la primera fila, precisamente frente a la mesita de la conferenciante.

Este se puede decir en verdad que era su público.

Era tanta su asiduidad, que la muchacha se había visto en ocasiones obligada a darle la conferencia a él solo, por no haber más personas en la sala.

Después, al salir, ella se alzaba de hombros o pensaba:

—Mañana tengo que hablar en San Juan de Luz sobre la «Homosexualidad de los Cangrejos». Veremos si lo encuentro allí.

Y al día siguiente, como si le hubieran dado una consigna a la que tuviera obligación de permanecer fiel, allá estaba él antes que nadie.

¡Elogiable persistencia!

¿Qué edad podría tener aquel hombre? ¿Unos treinta años? ¿Y qué podía dársele a él de cosas tan abstrusas como la Emancipación de la Mujer y la Homosexualidad del Cangrejo? ¿Es que usaba Kotex? ¿Es que andaba hacia atrás por las orillas de los ríos? No. ¿Pues entonces?...

¿Y a qué se dedicaría?

Teté no se formuló nunca esta pregunta.

Para ella era artículo de fe que a aquel hombre

le preocupaba profundísimamente el problema magno de la Emancipación de la Mujer.

Y, al terminar aquel día la conferencia de San Juan de Luz, Teté se creyó obligada a estrechar la mano de aquel compañero de causa que era, al mismo tiempo, un precioso ejemplar de asiduidad.

—¿Cómo se llama usted, caballero?

—Juanito Mochez.

—¿Español?

—Español.

—Le felicito a usted. Pocos hombres se interesarán en el mundo de la forma que usted lo hace por la Emancipación de la Mujer.

Mientras ella le felicitaba por su gran amor a la causa emancipadora, él no cesaba de sonreír.

Teté se quedó más fría que un ice-berg.

Aquella sonrisa le dejó agobiada.

¿Habría algún misterio en la asiduidad del español a sus conferencias?

Por fin balbuceó:

—Si usted no es de mi opinión, ¿por qué va a todas partes a escucharme? ¿Qué necesidad tiene de perder así el tiempo?

—Señorita, nunca he perdido menos mi tiempo que cuando vengo a escuchar sus conferencias.

—Muchas gracias; pero...

—Pero la encuentro a usted muchísimo más agradable detrás de su mesita—añadió el joven sonriendo.

Nueva sorpresa de la conferenciante.



*Un rayo de sol acarició su hermosura*

—¿Y por qué me encuentra usted más agradable, caballero?

El español volvió a sonreír.

—¿Hablo mejor detrás de la mesa?—insistió ella.

—Lo mismo.

—¿Entonces?...

—Su actitud es más sugestiva.

—Explíquese mejor.

El español pareció vacilar; después se encogió levemente de hombros y aventuró:

—Puesto que usted lo quiere...

—Sí, diga.

—Pues quiero decir que desde mi asiento he podido observar que, a pesar de que todas sus teorías son modernísimas, es usted una amante de la tradición.

—¡Ah, sí!—dijo ella burlona—. ¿Y en qué lo ha notado?

—Pues en que, tomando ejemplo de nuestras abuelas, no usa usted pantalones...

Teté sintió que un fuerte rubor le subía al rostro.

La muchacha que tenía el rostro más bonito de toda la costa vascofrancesa comprendió que a aquel hombre se le importaba un ardite de la Emancipación Femenina y de la Homosexualidad del Cangrejo; pero, por primera vez en su vida, se dió cuenta de que era mujer y de que tenía piernas.

¡Y maravillosas debían ser cuando aquel joven



español había ido tantas veces a verlas, como si se tratara de un espectáculo nuevo.

Teté se quedó con la vista fija en el suelo.

Pensativa...

¿Tendrían razón las muchachas que preferían ir a bailar a los dáncings en lugar de luchar a brazo partido con la Enciclopedia Jurídica Francesa?





ETÉ, además de tener la cara más bonita de la costa vascofrancesa y unas piernas que obligaban a un hombre a soportar horas y horas de conferencias absurdas, tenía también un palacete cerca del muelle de Bayona.

Y a las diez y media de la mañana del día siguiente al en que el joven español le explicase el por qué de sus peregrinaciones, un rayo de sol fué a posarse primeramente en su cabellera rubia, después le besó en los ojos y en la boca.

Teté estaba tumbada en su cama. La fina sábana enrollada a la cintura probaba que la muchacha había pasado una noche inquieta.

El rayo de sol la despertó.

Se volvió un poco.

El rayo de sol la besó en la garganta, y después bajó un poquito.

—¡Ah, no!—dijo Teté—. ¿Tú también vienes a curioseár? ¿No es bastante con que un tipo meridional ande detrás de mí de pueblo en pueblo para contemplar mis piernas, para que encima tú?...

Como si en realidad la ofendiese el que un rayo de sol besara en uno de sus pechos, subióse la sábana airadamente, y como Teté, demasiado preocupada hasta entonces con los ciento sesenta y seis tomos publicados por la *Enciclopedia Jurídica Francesa,* no concedía la menor importancia a cosas tan poco serias como los pijamas, dormía sin él.

Así es que al cubrirse por encima se descubría por abajo, y si el joven español que la perseguía en sus campañas sobre la emancipación femenina se hubiera hallado presente, hubiera visto de una vez lo que hasta entonces sólo había podido contemplar discretamente.

Los dos pies pequeñitos de Teté se movieron en el aire. En su cabecita emancipadora daban vuelta pensamientos para ella nuevos...

Como quien toma una decisión, saltó repentinamente de la cama, metió los pies en unas babuchas y fué a asomarse a la ventana. A lo lejos el mar de Hendaya era una manchita azul. Dentro de unas horas la playa estaría llena de gente ociosa. Abundarían los *maillots* de las muchachas que en su



vida habían pensado en asunto de tanta trascendencia como el de la emancipación de la mujer, pero que, en cambio, se habían preocupado seriamente en lucir sus anatomías en todas las playas de la costa vascofrancesa.

Y en cuanto a anatomías, por muy bien logradas que las tuviesen, habría que reconocer que eran unas birrias anatómicas si se comparaban con la de Teté, la cara más bonita, al mismo tiempo, de toda la costa vasca.

Y a Teté se le antojó ir allí, para ver si era cierto lo que pensaba.

Quiso ser primeramente juez y parte, y se miró en el armario de luna. Parece mentira que a una muchacha tan seria y tan preocupada con la Homosexualidad del Cangrejo se le ocurriera esta frase tan poco jurídica: «*Je suis jambon de la montagne* (estoy jamón serrano)». Y es que el cerebro de la mujer es un pozo insondable y el corazón otro pozo, y...

En fin, que ante muchachas como Teté cada representante del sexo fuerte aspira a ser un pocero.

Se miró de frente, de perfil y por detrás, todo lo que se lo permitía el no contar más que con un espejo, y quedó satisfecha del examen.

Y como estaba visto que aquella mañana iba a ser para Teté de frases castizas y resoluciones de-

cisivas, dijo, como si tirase por la ventana todos los tomos de la *Enciclopedia:*

—Ahora mismo me compro un *maillot*.

Se vistió y salió a la calle.

Frente a la casa había un almacén de artículos de baño.

Entró.

La dependiente se despegó del mostrador para servirla.

—¿Qué desea?

—Un *maillot*.

—¿Cómo lo quiere? Púdico, normal, amoroso...

—Amoroso—contestó Teté bajando un poquitín los ojos.

—Yo creo—se aventuró a decir la dependiente—que a su belleza rubia le iría muy bien uno de color salmón. ¿Quiere la señorita probárselo? La casa cuenta con un dependiente que es un verdadero técnico en lo de poner los *maillots* a las damas...

—No, no, gracias—dijo Teté, pensando que en ninguno de sus libros se hablaba de que existiera un peritaje de aquella clase—. Me lo pondré yo misma.

—Como la señorita quiera...; pero le aseguro que es una verdadera especialidad.

Teté no aceptó.

Una cosa era el saltar desde la tribuna a la playa con un *maillot* de color salmón y otra el dejar



que un extraño le probase tan livianísima prenda en un cuartito coquetón... Aquello ya resultaría demasiado para una joven que por primera vez salía a hacerle cara a la vida tal como ella es y no como hasta entonces había creído que fuese.





UANITO Mochez y su amigo Bricart se habían sentado en el fondo de una pequeña erupción rocosa.

Junto a ellos las olas iban a morir dulcemente sobre una playa minúscula, una playita colocada a la izquierda de la gran playa hendayesa, un lugar en el que nunca solía haber nadie.

El silencio que reinaba era solamente interrumpido por el ruido de las olas y por los gritos de las gaviotas. Mochez y Bricart parecían aislados de todo en el rincón en que no se veía más que el mar y el cielo.

Y Mochez que desde la conversación que había tenido con Teté parecía vivir mucho más en la luna que en la costa vasca, dijo :

—Aquí ha debido haber, en el bello tiempo de las leyendas, ninfas, ondinas y sirenas. Qué en-

canto para nuestros ojos y para nuestros sentidos el que de repente apareciese una. Ver en este rincón aislado, en esta soledad, tan lejos de todo y de todos, aparecer una deliciosa forma femenina, toda desnuda, que jugara con las olas o se extendiese sobre la arena...

Después rebajó un poco sus pretensiones y, pensando en los encantos de Teté, añadió:

—Aunque no fuera más que una bañista de la playa próxima, una mujercita joven, seducida por la belleza de este lugar, y que, encantada de hallarse sola, porque no adivinara nuestra presencia, se pusiera en el mismo traje que las sirenas y las ondinas... Y que nosotros la viéramos y que pudiéramos abordarla... Y si frente a la naturaleza infinita quisiera lanzar al mar sus ideas de civilizada y sus prejuicios también... ¡Si la pudiéramos amar frente al océano!

—¿Los dos?

—O yo solo—contestó el español, que mientras hablaba no pensaba en más ondina, en más sirena ni en más bañista que en Teté.

Bricart tuvo una sonrisa sarcástica.

—Sí—dijo—, las ondinas, las hijas de la mar, que danzan o duermen desnudas al sol. Conozco a las ondinas. Al menos conocí una. Cosa bonita.

Juanito Mochez creyó que su amigo Bricart tenía el seso más sorbido que él, y sabiendo lo aficionado que era al ajenjo, creyó que aquel día había empezado desde por la mañana. Aun con todo, exclamó:



—¿Qué dices, Bricart? ¿Tú has frecuentado la amistad de las ondinas?

—Sí. Una gran aventura.

—¿Pero con una ondina? Mira, Bricart, cuéntamelo, que yo creo que eso debe merecer la pena de oírlo.

—Si quieres oírla...

—Sí, hombre; pues no es eso nada. ¡Tú has violado a una ondina! Si se enteran los periodistas te hacen un reportaje de catorce páginas. Cuenta, cuenta...

—Mi historia puede ponerte quizá en guardia sobre las divagaciones de los poetas. Escucha:

«Esto me sucedió hace algunos años en una playa del Norte. Yo viajaba por entonces solo por primera vez, y mis padres empezaron a darme la libertad que tanto se apetece en la adolescencia. Ya te he dicho que era en una playa norteña; te aclararé más: era una playa bretona que empezaban a lanzar. Tenía un casino nuevecito, con una ruletita nuevecita también, y unas muchachas no tan nuevas como la ruleta y como el casino, pero en bastante buen uso todavía. Se habían construido algunas villas pimpantes, y, a fuerza de anunciar la playa, se consiguió que fuera a ella alguna gente *chic*. Pero a algunos pasos de allí estaba la landa, casi el desierto.

Junto al mar, playas bonitas y rincones aparta-

dos, como éste en que nos encontramos, donde uno podía creerse alejado del mundo

Yo paseaba un día a lo largo de la costa, saltando algunas veces de roca en roca y acercándome otras al filo del agua.

Por allí no había nadie; en la mar no se veía un solo barco, ni siquiera una lancha. Aquello resultaba delicioso.

De pronto me detuve.

Había oído cantar. La voz, fresca y joven, pertenecía a una mujer. Yo estaba entonces casi en la eminencia de un montón de rocas. Asegurándome sólidamente, me incliné para ver a la cantora.

Existía allí un rincón de arena rodeado de rocas, una verdadera alcoba de amor, tal como la describen los novelistas. En el agua, junto a la misma orilla, había una mujer desnuda que cantaba y danzaba riendo al sol y a la alegría de la mañana.

Me aproximé disimuladamente con objeto de poderla ver más de cerca. La dama, creyendo que nadie la veía, se abandonaba más y más a su alegría de vivir.

No sé si habrás obesrvado que el desnudo femenino no se presenta en toda su belleza más que en movimiento. Una mujer desnuda, pero inmóvil, es un paisaje pintado, un mar petrificado, una vida apagada. En el movimiento no hay solamente líneas; existe también una armonía, una sinfonía de contornos.

Naturalmente que al verla pensé inmediatamente en las ninfas, lo mismo que tú hace un instante. Yo creí ver revivir la Grecia mitológica.



Pero la ninfa, cansada sin duda, se detuvo en su danza y fué a extenderse sobre la arena.

Al cabo de pocos instantes no pude contenerme y me acerqué a ella. La dama dormía apaciblemente cuando llegué a su lado.

Un brazo plegado bajo la cabeza, una rodilla doblada; se encontraba simplemente adorable. Por verla mejor me senté en la arena. Fué en aquel momento cuando percibí sus vestidos a algunos pasos de donde nos hallábamos; por tanto, no se trataba de una ondina, sino de una simple mortal de carne y hueso. ¡Pero qué carne y qué huesos!

A fuerza de contemplar aquella desnudez armoniosa y aquel bonito rostro me sentí ganado por una embriaguez apasionante, e inclinándome hacia ella, le di un largo beso en la boca.

Te aseguro que no quería hacerlo, que fué algo más fuerte que mi voluntad lo que me impulsó.

Ella se despertó al recibir mi beso.

Me miró sin sorprenderse, sonriente. Pareció como si mi presencia le hiciera continuar el sueño bonito en que se hallaba. A mí me hubiera sorprendido mucho menos que el que la bañista me hubiera soltado una bofetada, y si te he de decir la verdad, casi la estaba esperando.

Como yo continuara inmóvil y asombrado, ella me pasó el brazo alrededor del cuello y me devol-

vió el beso que yo le había dado. Después, amigo mío, no sé cómo contarte lo que sucedió.

Yo estaba loco de poseer aquella belleza que hacía poco cantaba y reía al sol.

Luego, cuando ella creyó llegado el momento, me dijo como quien suspira:

—Y ahora vete de prisa...

Yo le obedecí, alejándome con sentimiento de su lado, cuando estuve a punto de tropezarme con un hombre que salía de detrás de una roca, donde había estado oculto.

—Un instante, joven—me dijo—. Si no le parece mal, me entregará usted cien francos.

Y viendo mi asombro, agregó:

—Si no, esto sería un atentado público al pudor. Yo estaba aquí. La señora, que es mi amiga, podría decir que usted había abusado de que estaba dormida. Yo lo testimoniaría, naturalmente. Ya ve que cien francos no es mucho pedir.

Atemorizado, saqué mi cartera y le di un billete.

—Le felicito—le dije—. Desempeña usted un bonito oficio; y su señora igual. ¡Es muy decente!

—¿Qué quiere usted? El casino apenas si nos deja ganancia. El hotel cuesta caro...

Yo era joven y tenía la sangre caliente. Quise vengarme, y al siguiente día...

* * *



Hacía ya cinco minutos que el español no escuchaba a su amigo Bricart.

Aunque aquella historia de ondinas y de sinvergüenzas hubiera tenido mucho más interés del que en realidad tenía, a Juanito Mochez le hubiera resultado totalmente indiferente desde el momento en que, trepando por unas rocas lejanas, había visto un puntito de color salmón en el que adivinó un *maillot*.

Y el puntito se fué agrandando y dirigiéndose hacia la playa solitaria, hasta que apareció en una eminencia que había a la entrada.

Entonces el español no pudo contener un grito:

—¡Teté!—exclamó.

Y, levantándose, echó a correr, dejando a Bricart con la palabra en la boca, pretendiendo contarle lo que le había pasado al día siguiente de su aproximación a la ondina de la playa bretona.





UANDO vió a Teté de cerca, Juanito Mochez no dijo más frase que ésta, delicada y graciosa:

—¡Qué bestialidad!

Y la cosa no era para menos.

Teté estaba dentro de un maillot de color salmón en las mejores condiciones posibles para alterar el orden público. Si en lugar de ir, como pretendía, a presentarse en una playa francesa, lo hace en una española, la Guardia civil hubiera tenido que ir a dar cargas para deshacer los grupos.

—¡Qué bestialidad!—había exclamado Mochez, y en la exclamación no había ni un átomo de exageración.

Y después de aquel piropo, que hizo bajar a la conferenciante los ojos, él se quedó mirándola con una mirada estúpida, al mismo tiempo que de sus labios caía un hilito de poética baba.

No se le ocurría decir nada. A ella, menos, porque, por mucho que esperase que la gente se asombrara al verla, no creyó nunca que llegase a babear.

Juanito comprendió que aquello era tonto, que estaba obligado a decir algo, y se le ocurrió este madrigal:

—¡Mi madre!...

Y echó otro hilo de baba por la otra comisura del labio.

En tanto Bricart, cansado de contarles a las olas lo que había hecho al día siguiente de su entente cordiale con la ninfa, se había levantado, y se aproximaba al lugar en que Juanito y Teté estaban mirándose el uno a la otra sin articular palabra. Llegó allí tarareando el *Mon Paris,* como hombre que no le da importancia a la cosa; pero vió a la chiquilla, la miró, la remiró, como si quisiera encontrarle alguna falta, y exclamó, sujetándose la cabeza con las dos manos:

—¡Mi padre!

Teté estaba más colorada que una langosta cocida. Allí, en *maillot* color salmón, teniendo frente a sí dos hombres, el uno babeando y el otro sujetándose el cráneo con las dos manos, no era caso que estuviera previsto en ninguno de los ciento sesenta y seis tomos que llevaba publicados la *Enciclopedia Jurídica Francesa.*

Hasta entonces Bricart no la había visto más que por alto. Sin dejar de sujetarse la cabezota bajó la



*Se quedaron extasiados al verla*

vista, vió las piernas de Teté y exclamó, más asombrado que antes:

—¡Mi tía!

Al mismo tiempo que Juanito Mochez, a quien ya la baba le llegaba hasta el suelo, decía esta otra gentileza:

—¡Mi abuela!

Luego, ¿qué pudo suceder a aquellos dos robustos y garridos jóvenes? Misterio. Pero lo que hicieron fué como para que los encerraran en una casa de orates. Los dos al mismo tiempo, dando traspiés, apoyándose el uno en el otro, dejaron a Teté sola y llegaron a un punto de las rocas colocado sobre el mar, cogieron carrerilla y se zambulleron en el agua.

El asombro de Teté la dejó clavada en el sitio en que antes había producido la admiración de aquellos dos hombres. Ninguna de sus conferencias había obtenido un éxito tan grande como el de aquel *maillot* de color salmón. Y eso que se lo había puesto ella misma; ¡que si se lo llega a poner el especialista de la casa de artículos de baño!...

En aquel momento un cangrejo de mar se aproximó taimadamente y con sus pincitas pellizcó el pie pequeño de la conferenciante.

Esto le hizo salir de su aturdimiento; miró al cangrejo, lo separó de un puntapie y se dijo a sí misma:

—¡Y que me haya estado yo preocupando de la homosexualidad de estos bichos!...



Quince minutos tardaron en salir del agua Juanito Mochez y su amigo Bricart. Cuando salieron comprobaron que Teté se había marchado ya. Entonces los dos amigotes se miraron uno a otro:

—¡Juan!

—¡Bricart!

—¡Mi madre!

—¡Mi padre!

—¡Mi tía!

—¡Mi abuela!

Y no dijeron más. A nosotros nos parece que ya habían dicho bastante.





NCLINÓSE Teté en la ventanilla del corredor en el mismo instante en que el tren iba a partir.

Desde su asiento del vagón de primera clase, Gerard percibió los hombros anchos de un hombre con el cual la viajera cambiaba las últimas palabras de adiós.

La locomotora echó a andar lentamente. Juanito Mochez corrió a lo largo del andén durante unos segundos, mientras Gerard oyó una frase que no comprendió bien, y a la cual Teté había respondido :

—Sí, sí ; en cuanto llegue. Te lo prometo.

Y como el tren, abandonando los últimos reverberos de la estación, entrara en la noche, y ella se metiera en el departamento, Gerard galantemente le cedió su rincón junto a la ventanilla.

Joven y elegante, espió a su vecina con el rabi-

llo del ojo, como hombre habituado a las conquistas rápidas.

Teté se había puesto a leer y no prestaba atención a sus miradas. Gerard empezó a darse cuenta de que como bonita era una cosa extraordinaria. ¡Qué elegante! ¡Qué bien vestida! Porque es de advertir que desde que la chica había dejado de ocuparse de la Homosexualidad del Cangrejo y de la liberación de la mujer, se vestía admirablemente. Y qué cabellos más dorados, más naturalmente dorados, bajo la toca gris, que no se había quitado.

Gerard se preguntaba quién sería el hombre de quien se acababa de despedir en el andén de la estación de Hendaya. ¿Un amante? ¿El marido tal vez? Por el aspecto de la viajera, por su reserva y por la discreción del perfume empleado, se adivinaba en ella a la mujer honesta.

Pasaron dos horas.

Gerard se desesperaba por no poder llamar hacia él la atención de su vecina. Se fué a fumar cigarrillo tras cigarillo al carrejo, por ver si se le ocurría algún medio de entrar en conversación. La presencia en el departamento de otros cuatro viajeros, de los cuales dos eran unas viejas de aspecto pudibundo, había contribuído a que el hielo no se rompiese y a que nadie dijera una palabra.

La noche se extendió por los campos.

Mecidos por el rodar monótono del tren, la gente se dormía en el vagón. Una de las dos viejas



se levantó y cerró las llaves de las lámparas eléctricas.

Teté empezaba a soñorrear en su rincón, procurando envolverse en su abriguito, pues era a finales de octubre y comenzaba a hacer frío. Salió unos momentos al corredor, paseó por él y volvió de nuevo al departamento.

Gerard creyó llegado el momento de intervenir:

—¿Tiene usted frío, señorita? ¿Me permite ofrecerle mi manta de noche?

Teté respondió con voz tímida:

—Se lo agradezco, señor; pero no quisiera privarle de ella.

—En ese caso, la compartiremos. Es bastante grande para dos.

Y Gerard desplegó su manta sobre las rodillas.

Bruscamente, en la sombra, una mano encontró otra mano pequeña y finamente enguantada. Sin reflexionar la cogió y la estrechó largamente. No hicieron resistencia. Se juzgó sin duda lo suficientemente puesta al abrigo de las miradas indiscretas en la oscuridad del departamento y bajo la manta propicia.

Gerard se dió cuenta de que Teté había cerrado los ojos. El joven se enardeció. Sus dedos enlazaron un fino puño y después, con mil precauciones, avanzaron a lo largo del brazo.

Después pudo darse cuenta de que la viajera no llevaba corsé. Un poco emocionado, Gerard se detuvo bruscamente. Su vecina, completamente in-

móvil, respiraba regularmente, con los labios entreabiertos sobre la línea blanca de los dientes.

¿Estaba verdaderamente dormida? No parecía posible.

La exploración continuó con una dulzura y una paciencia infinitas, que probaban que la mano del viajero estaba habituada a buscarse un camino entre todas las dificultades que las modistas amontonan.

Y todas las dificultades fueron vencidas, primero por arriba, y luego por debajo... Gerard pudo notar que su linda compañera de viaje se estremecía una vez... y otra... Emocionado, él se estremeció a su vez...

Teté continuaba durmiendo o haciendo como que dormía.

¡Bien les hacía falta descansar a los dos!

Al llegar el día, Gerard, que se había quedado ligeramente adormilado, encontró la manta sobre sus rodillas. Su vecina estaba leyendo y los otros viajeros se fueron despertando el uno después del otro.

El esperaba una palabra, un gesto, una mirada de complicidad; pero no hubo nada de esto.

Este silencio le intimidó. ¿No habría soñado? Después de lo que había sucedido, aquella actitud le desorientaba.

Sus ojos, por fin, se encontraron con los de Teté. Se dió cuenta de que eran muy grises, muy puros



y no parecían manifestarle ninguna atención particular, ni siquiera el menor recuerdo.

Aquella actitud le pareció un tanto exagerada.

Hubo una parada para cambiar de tren al llegar a Burdeos.

Teté bajó al *buffet* para tomar su desayuno, y Gerard la siguió.

Se sentó ella en la única mesa que quedaba libre, y él le pidió permiso, que le fué concedido, de hacerlo a su lado. Después ella pidió chocolate y recado de escribir.

—¿Podría usted enviar un telegrama en cuanto abran la oficina?—preguntó a la sirviente del *buffet*.

—Sí, señora. Esté tranquila, que no lo olvidaré.

Teté escribió un telegrama que Gerard pudo leer, y que decía así:

«Juan Mochez.—Hotel du Midi.—Hendaye.

»Estoy cansada. Pasé noche excelente. Pensé en ti. Besos.—*Teté*.»

Allí estaba, pues, el parte que había prometido mandar a Juanito desde Burdeos. Cogió su saco, sacó de él un espejito de mano y comenzó a empolvarse.

Gerard, molesto por tanta sangre fría, sintió deseos de hacer una chiquillada y, aprovechándose de la distracción de la joven, cogió la pluma y escribió en el telegrama, detrás de la frase «pensé en ti», estas tres palabras: «en dos ocasiones».

Teté vió el gesto, miró el telegrama y no dijo

nada, aunque enrojeció ligeramente. Después, muy visiblemente, tachó la palabra dos y puso en su lugar la cifra 3. Sólo entonces tuvo para su vecino una sonrisa de reconocimiento.

Eso fué todo.

Después de otras dos horas de viaje, Gerard se convenció de que se hallaba junto a una mujer próxima a casarse y que no deseaba correr aventuras de ningún género, y que únicamente la casualidad la había puesto primero en su camino y después imposibilitado de armar un escándalo en el vagón.

Gerard pensó que no dejaba de ser una lástima.





ASÁRONSE Teté y Mochez, que es lo que suelen hacer todos los bípedos después de un período de relaciones, pues aunque el hombre muestre siempre una determinada resistencia para presentarse en las alcaldías de distrito o en las sacristías, las mujeres que vienen con inclinaciones matrimoniales desde el claustro materno, acaban por someter al hombre a su voluntad, y no queda más remedio que ir a ver a un tripudo personaje que tiene en el vientre arrollada una faja tricolor.

Así es que Teté se casó con Juanito, y marido y mujer hicieron su correspondiente viaje de novios a España. Una vueltecita por Sevilla, Córdoba y Granada, y a París otra vez.

Y así pasaron tres años.

Y el matrimonio Mochez se desolaba porque no tenían ningún hijo. A pesar de los esfuerzos conyu-

gales, el resultado era nulo. La multiplicación esperada no llegaba.

Un día Juanito fijó su mirada en Teté, que cada día estaba mucho más guapa, y le dijo, no sin cierto agror, estas palabras :

—La culpa es tuya.

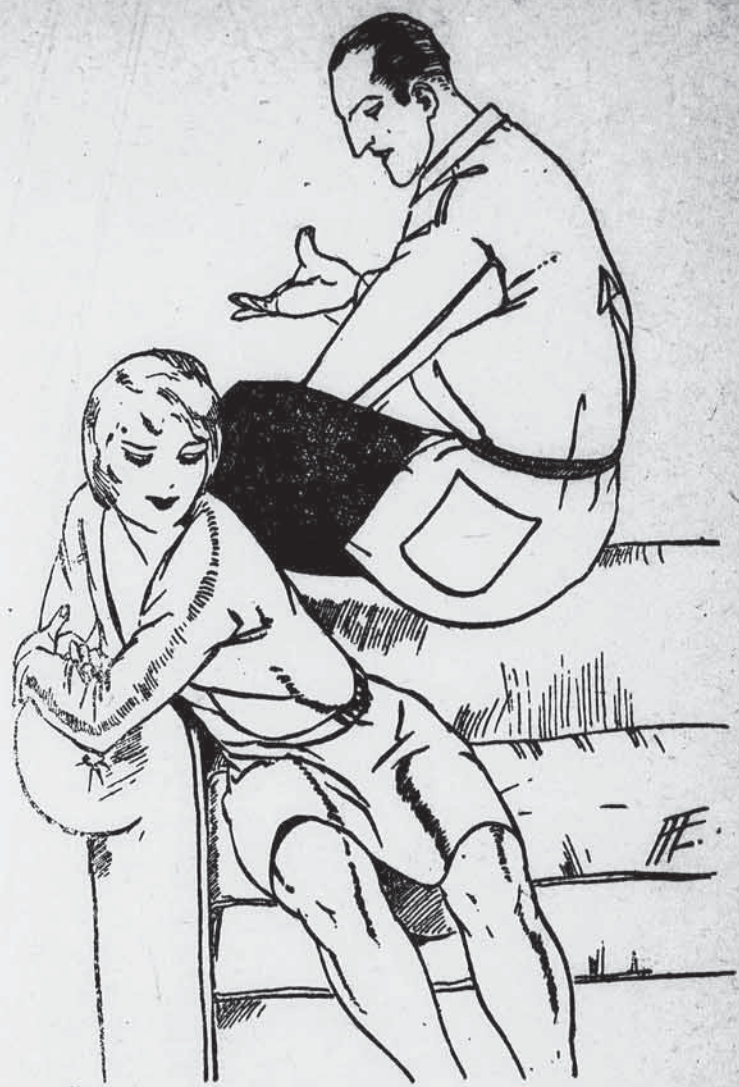
La pobre Teté bajó entonces hacia tierra los ojos humedecidos y humillados por la conciencia de su responsabilidad.

Mochez era sanguíneo, alto de talla, ancho de torso ; tenía treinta y tres años y unos biceps formidables. Parecía un hombre destinado a la tarea de la repoblación de Francia, así como otros parecen estar destinados a la continencia perpetua.

Además, todo parecía facilitarle la labor.

El aspecto de un manjar bien dorado hace, como vulgarmente se dice, que se haga la boca agua ; lo mismo se podría decir en otro orden ante la vista de una criatura apetitosa. Y hasta los fisiólogos eminentes y los puericultólogos más eminentes afirman que es muchísimo más fácil tener un niño de una mujer bonita que no de un adefesio, en lo cual estamos muy conformes con gente tan seria como fisiólogos y puericultólogos, y aun añadiremos que ante un caso así el asunto se convierte en un pasatiempo, y, si se nos permite el retruécano, en un juego de niños.

Pero si esta regla fuera de una exactitud maravillosa, dada la belleza de Teté, su armonía de líneas, su palmito gracioso y todos los encantos que



*El marido la reprochó su esterilidad*

la jovencita atesoraba, su marido debía tener cada año un par de gemelos.

Y, sin embargo, jamás Teté, desde que se había convertido en la señora de Mochez, había llevado sobre su semblante esa feliz saciedad que en su laxitud hace más encantadoras todavía a las grandes pasionales. Para resumir y para no convertir LA NOVELA SUGESTIVA en un curso de filosofía matrimonial, diremos lo que ya nuestros lectores saben; es decir, que Teté, la maravillosa Teté, continuaba estéril.

Y no se crea que ni el marido ni la mujer se habían conformado con su esterilidad.

Empujada por Mochez, Teté había acudido a casa de los más afamados especialistas. Su cuerpo estimado había sido en muchas ocasiones extendido sobre las mesas de auscultación, y sus líneas armoniosas habían hecho temblar de concupiscencia a lo más saliente de la puericultología francesa, que ante el caso de Teté se había inclinado y había dicho siempre las mismas palabras:

—Usted tendrá hijos, señora.

Entusiasmada ante la perspectiva de tener un retoño que ensuciara pañales y no les dejara dormir por las noches a fuerza de berreos, la lindísima señora de Mochez siguió cien tratamientos diversos, entregándose a una gimnástica desesperada y a una hidroterapia cruel.

Inútilmente. La línea de Teté no se deformaba,



la naturaleza, sin una sola interrupción, continuaba manifestándose periódicamente.

Entonces hizo una *tournée* por todas las estaciones termales de Francia, esas estaciones que, si hiciéramos caso de los anuncios que sus dueños hacen publicar, nos convenceríamos de que beber trescientos gramos de sus aguas es mucho más eficaz para la procreación que trescientas noches de amor consecutivas.

Y así fué pasando el tiempo.

Y toda la buena voluntad y todos los sacrificios del matrimonio Mochez resultaron tan estériles como misma Teté.





Teté, a pesar de las buenas promesas de los sabios representantes de la Facultad de Medicina, le pasó lo que a esos enfermos incurables que, por perder toda fe en la ciencia, se entregan en manos de la magia.

En París hay mucha gente que se dedica a estos negocios tenebrosos, y que además de tenebrosos deben ser productivos.

Juanito no quería ni oír hablar de los brujos, pero en cambio Teté, desencantada de la Facultad de Medicina y de sus representantes, fué a las consultas de las cartománticas y a las casas de los modernos hechiceros.

En virtud de los consejos que le dieron, se paseó varios días por los bulevares llevando unos calcetines marrones, cosa que le agradecieron los transeúntes, que de esta forma pudieron admirar

sus bellas piernas sin la envoltura de las medias; tomó siete noches seguidas una taza de caldo hecha con colas de ratones, y obligó a su esposo a que hiciera uso de sus derechos conyugales con un extravagante sombrero napoleónico puesto de través sobre la cabeza.

Nos parece inútil decir que ni los calcetines de color marrón, ni las colas de ratones, ni el sombrero napoleónico hicieron el menor prodigio. Ningún síntoma de maternidad se manifestó en Teté.

La señora Mochez, al mirar por las noches su vientre, lo encontraba tan llano como una buena carretera y tan sencillo como una tragedia clásica.

Teté empezaba a resignarse a no tener niños, cuando un día en que su marido le echó en cara con más acritud que de ordinario su esterilidad, inclinó la cabeza como siempre solía hacerlo cuando se abordaba este tema, y no replicó nada.

Pero interiormente, por primera vez, surgió en su espíritu la duda.

—¿Y si fuera él quien?...

Cabía en lo posible.

Cuando se quedó sola Teté, la magnífica y espléndida Teté, se puso a meditar sobre su caso. Que ella era una mujer normal no había ni que dudarlo. Su marido también parecía un hombre bien constituído, pero...

Tomó una resolución y se dijo:

—Pues no, esto no puede quedar así. Va a ser preciso que yo sepa a qué atenerme.



No dejaba de haber una dificultad para que Teté viera si aquello dependía o no de Juanito, dificultad muy salvable si la muchacha hubiese pretendido enterarse saltando por encima de la fidelidad conyugal.

En ese caso no tenía más que acercarse al mozo que más le gustara o que más apto le pareciera para aquel menester y preguntarle sencillamente:

—¿Quiere usted ponerme en condiciones de que sepa a qué atenerme sobre si la culpa de que yo no tenga hijos es mía o de mi marido?

Le hubieran llovido los ofrecimientos.

Pero el caso no era ese.

Teté quería enterarse, pero sin que su esposo adornara su frente con los consabidos atributos córneos. Se acordó del mozo aquel del tren. Aquel había sido su única condescendencia en su vida. Ella, a pesar de ser una mujer extraordinariamente bonita, había pasado desde la tribuna de conferenciante hasta la alcaldía del séptimo distrito sin más juguetonerías que las del ferrocarril, y no quería reincidir en ellas, ni mucho menos llevarlas más adelante.

El lector creerá que en ese caso Teté se iba a ver obligada a ignorar siempre si la culpa de su esterilidad la tenía o no su marido.

Pero no; las mujeres cuentan con recursos... Teté nos lo va a probar.



UANDO las mujeres quieren ...

Teté estuvo tan mimosa aquella noche, se dió tales mañas para convencer a Juanito y para dejarlo además de convencido fatigado, que el hombre dijo «bien» a todo lo que ella quiso, y al día siguiente el matrimonio Mochez partía con dirección a la Auvernia, para hacer una nueva cura.

El iba con la seguridad de que el viajecito resultaría un fracaso tan grande como todos los anteriores; pero en las pupilas de ella brillaba un destello de esperanza, y no quiso desanimarla. Además, que ya hemos dicho que el hombre no había quedado en las mejores condiciones para entablar una discusión, y menos con Teté, con la cual todas las polémicas tenían el mismo final.

Y llegaron a Auvernia.

El matrimonio Mochez fué a hospedarse en el mismo hotel del balneario. Llegaron de noche.

Teté sentía tan gran impaciencia por verse frente a la fuente de las aguas salutíferas, que hizo que inmediatamente se presentara el dueño del establecimiento.

—¿Podría ir a bañarme y tomar las aguas ahora mismo?—le preguntó.

—Señora, imposible. Son las diez de la noche. Como la señora comprenderá, hay horas fijadas para los acuistas. Además, todo cliente ha de ser auscultado antes por el médico del establecimiento.

—Saltémonos esa formalidad. Yo le daré al médico del establecimiento los cincuenta francos de la consulta, y ya tendrá ocasión de verme desnuda otro día.

El hotelero se sonrió.

—Aceptaría la proposición de la señora, pero los baños están ahora cerrados. Mañana a primera hora... Le despertarán cuando la señora quiera... Nos saltaremos la formalidad de la auscultación.

Teté vió la imposibilidad de satisfacer su capricho, y despidió al dueño del hotel con estas palabras, al parecer absurdas:

—Entonces, para esta noche mande que nos preparen una habitación con dos camas.

Cuando se quedó sola con su marido, dió una patadita en el suelo, una patadita de impaciencia.



—¡Chiquilla!—le dijo él—. ¿Qué te sucede? En la vida te he visto tan nerviosa.

Y como, para calmarla, se acercase a ella y le diera un beso, Teté se refugió en el otro extremo de la alcoba, exclamando:

—¡No, Juanito! De ninguna manera. Es preciso que mañana mismo estés en forma.

Mochez se quedó perplejo.

¿Estar en forma? ¿Lo pensaría presentar su mujer en algún *cross-country*?

Poco después se presentó una doncella muy pizpireta, una de esas doncellas que hay en los balnearios, y que parece que tienen la misión de prolongar la convalecencia de los acuistas, y los acompañó al cuarto con dos camas que habían pedido.

Al quedarse de nuevo solos, Teté dijo a Juanito:

—Eso es. Ahora tú a tu camita y yo a la mía.

—¡Mujer!—dijo Mochez hipócritamente.

—Nada, nada; está dicho.

Mochez estaba encantado con la solución aquella. Porque la verdad es que el hombre no es de palo, pero tampoco de acero.

Acostarse y quedarse dormido fué para él todo uno.

Entre la fatiga de la noche anterior y la otra fatiga del viaje le tenían molido. En cambio Teté tardó mucho tiempo en cerrar los ojos, y a la mañana fué la primera en despertarse.



*Se levantó y despertó a su marido*



Saltó de la cama—¡adorable criatura, y con qué gracia dió el saltito!—y se fué a despertar a Juan.

Este abrió los ojos y murmuró:

—¿Qué hora es?

—Las seis.

—Bueno.

Y volvió a dormirse.

Teté le volvió a sacudir.

—Que voy a las aguas...

—Bien—contestó Mochez cerrando otra vez los ojos.

—Y que quiero que me acompañes.

—¿Para qué? Vete sola. Tengo un sueño...

—De ninguna manera. Tienes que venir tú también...

A Mochez no le quedó más recurso que acceder.

Teté se había sentado en el brazo de la cama y empezaba a envolver en la gasa de unas finas medias sus encantadoras piernas y a sujetarlas luego con los dos círculos de color carne de unas ligas. En tanto que Teté se cambiaba de camisa su marido metía la cabeza en una jofaina llena de agua fría.

Cuando él se despabiló el sueño y ella se pintó concienzudamente las uñas, los Mochez se dirigieron al baño salutífero y de eficaz remedio para el tratamiento de la esterilidad.



UANITO Mochez y su mujer, cuando regresaron de Auvernia, en el vientre de Teté empezaba a dibujarse una curvita que era como un indicio seguro de próxima maternidad, primicia de un embarazo lleno de promesas.

Teté entró en París con los ojos un poco mirando al suelo, pero con el rostro más risueño que un día de feria. Juan no iba menos orgulloso que su mujer; ahora que no llevaba los ojos bajos.

Como si lo que habían hecho fuese un prodigio en lugar de ser la cosa más natural del mundo, ambos tuvieron a gala ir a visitar a sus amistades. Las mujeres, al ver a Teté, le pasaban la mano por la barriguita, como si quisieran convencerse de que aquello no era un truco, y los hombres se quedaban con las ganas de hacerle una idéntica caricia.

En todas partes era el matrimonio francoespañol bien recibido; pero en cuanto dejaban la casa de sus amistades las murmuraciones comenzaban.

—¡Esto tenía que llegar!—aseguraban las señoras—. Teté ha terminado por encontrar un sustituto al español... Su marido ya está visto que no sirve para nada.

Y otra decía:

—Los hombres son tontos. Parece mentira que ese chico comulgue así con piedras de molino.

Y una tercera:

—Cuando el gallo no es bueno, la gallina cambia.

Los caballeros no decían nada, pero se quedaban muy tristes al comprobar que Teté no había pensado en ellos.

—Las amistades—decía uno—. Así son las amistades. ¿A qué habrá ido Teté a buscar a Auvernia lo que en París hubiera encontrado?

Es decir, que entre todos los conocimientos del matrimonio Mochez, no hubo una sola persona que no creyera que Juanito había entrado en la cofradía de los «cocus».

Por tanto, cuando el niño se presentó en este pícaro y mal pensado mundo, hubo un estupor general. La criatura ofrecía con su presunto padre una semejanza tan agresiva, que todas las malas lenguas se vieron obligadas a aceptar el hecho. Se parecía el chiquillo a Juanito de una manera extraordinaria.



Pero como para las gentes tiene que haber en todo un algo de extraordinario, lo que Juanito perdió en astas, y hay que reconocer que las perdió del todo en el concepto público, y que en la realidad nunca las había llevado, ganó el caso en misterio, en tinieblas y en profundidad.

¿Cómo podía haber sucedido aquéllo?

Fué Teté la que se encargó de esclarecerlo.

Aquel día, la casadita había recibido la visita de la señora Torpillón, una dama agraciadilla ella, casada ella y sin hijos ella también. La señora Torpillón había ido a visitar a la señora Mochez con el objeto de enterarse de qué subterfugios se había valido su amiga para poner sobre este planeta casi redondo un chiquillo tan precioso después de tres años de manifiesta esterilidad.

La señora Torpillón empezó por alabar a la criatura, y por decir esto, que tanto les gusta escuchar a las madres y mucho más cuando no se parecen en nada a su marido los retoños.

—¡Qué manera de parecerse a su padre!

Teté sonrió y no dijo nada.

La Torpillón insistió:

—¡Qué parecido más asombroso! ¿Y cómo os las habéis arreglado para fabricar una criatura tan preciosa?

Entonces el alma de Teté se dejó ganar por la mimoseria de la visitante y dejó escapar estas palabras:

—Figúrate que era a su padre y no a mí a quien había que poner en tratamiento...

La señora Torpillón se hizo toda oídos. El misterio le iba a ser revelado. Para estimular más a Teté insinuó:

—Pero si eso no es posible...

—Pues así era.

—Cuenta, cuenta...

—¡Oh! No creas que se trata de ningún misterio. El caso no puede ser más sencillo. El día que yo tuve la sospecha de que a mí no se me hacía justicia, y que era muy aventurado suponer el que la culpa fuese mía, empecé, como es natural, a sospechar que tal vez fuera de él. Se trataba únicamente de probar...

—Ahí, ahí precisamente radica lo difícil—dijo la señora Torpillón.

—Todo lo contrario; eso era de una sencillez enorme. Fuimos a las aguas de Auvernia, cuyos baños tienen muy merecida fama, y una vez allí el primer día hice que mi marido me acompañara y lo zambullí en la fuente.

La señora de Torpillón se quedó un momento pensativa.

Después, como mujer que ha tomado una resolución, y que para ponerla en práctica necesita estar bien informada, preguntó:

—¿Y lo zambulliste todo entero?



Al oír aquella pregunta, Teté, la maravillosa Teté, bajó los ojos según tenía por costumbre, y poniéndose muy encarnadita, respondió:

—¿Todo entero? No. Unicamente lo que me hacía falta...



# EL TEATRO

## OBRAS PUBLICADAS

1. *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2. *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3. *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4. *Encarna la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5. *La pluma verde*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
6. *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7. *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.
8. *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches Paso y Estremera.
9. *Febrerillo el loco*, por Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.
10. *Las cosas de Don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11. *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12. *La noche clara*, por Alfonso Hernández-Catá.
13. *La virtud sospechosa* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente
14. *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15. *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16. *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17. *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18. *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19. *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20. *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21. *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22. *Colonia de lilas*, por José Fernández del Villar.
23. *La locura de Don Juan*, por Carlos Arniches.
24. *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25. *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26. *Rosa de Madrid*, por Luis Fernández Ardavín.
27. *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28. *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29. *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30. *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31. *La galana*, por Pilar Millán Astray.
32. *La malquerida*, por Jacinto Benavente.
33. *La española que fué más que reina*, por R. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34. *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35. *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
36. *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37. *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38. *La Prudencia*, por José Fernández del Villar.
39. *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40. *Madame Pepita*, por Gregorio Martínez Sierra.
41. *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42. *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43. *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44. *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45. *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas
46. *El bandido de la sierra*, por Luis Fernández Ardavín.
47. *La intrusa*, por Mauricio Maeterlinck.
48. *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49. *Los leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50. *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.
51. *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52. *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53. *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
54. *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55. *La raza*, por Manuel Linares Rivas.
56. *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
57. *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
58. *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extra.: 60 cts.), por Jacinto Benavente.
59. *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60. *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61. *El azar*, por Federico Oliver.
62. *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63. *Las hijas del rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64. *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65. *... Y después?*, por Felipe Sassone.
66. *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67. *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68. *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69. *El último mono*, por Carlos Arniches.
70. *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71. *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.
72. *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73. *La jaca torda*, por José Mayral.
74. *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75. *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76. *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77. *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78. *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79. *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80. *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81. *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone
82. *«En Arapiles hi nato»*, por Arniches y García Marín.
83. *La mala ley y Primero, vivir* (extra.: 1 pta.), por M. Linares Rivas.
84. *La hija de la Dolores*, por Luis Fernández Ardavín.
85. *María Fernández*, por Pedro M. Seca y P. L. Fernández.
86. *Todo tu amor, Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone
87. *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
88. *La mujer que necesito*, por E. Thuillier y S. L. de la Hera.
89. *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90. *La cantaora del puerto*, por Luis Fernández Ardavín.
91. *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.
92. *Anita la Risueña*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
93. *La niña*, por Federico Oliver.
94. *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95. *Bartolo tiene una flauta*, por Muñoz Seca y P. Fernández.
96. *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97. *Doña Desdenes*, por Manuel Linares Rivas.
98. *Hamlet*, por Shakespeare.
99. *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.
100. *La venganza de la Petra o Donde las dan las toman*, por Carlos Arniches
101. *El doncel romántico*, por Luis Fernández Ardavín.

102. *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.
103. *Pimienta*, por José Fernández del Villar.
104. *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.
105. *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor*, por Felipe Sassone.
106. *El carro de la alegría*, por A. Valero Martín y E. Carrère.
107. *En cuerpo y alma*, por Manuel Linares Rivas.
108. *El huésped del Sevillano*, por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.
109. *Campo de armiño*, por Jacinto Benavente.
110. *Dios dirá*, por Joaquín y Serafín Alvarez Quintero.
111. *La juerga*, por Federico Oliver.
112. *La novela de Rosario*, por Pedro Muñoz Seca.
113. *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.
114. *A martillazos*, por Manuel Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.
115. *El hijo de Polichinela*, por Jacinto Benavente.
116. *¡Calla corazón!*, por Felipe Sassone.
117. *Mamá*, por Gregorio Martínez Sierra.
118. *El astrólogo fingido*, por P. Calderón de la Barca.
119. *Las zarzas del camino*, por Manuel Linares Rivas.
120. *La niña de los sueños*, por José María Granada.
121. *La mariposa que voló sobre el mar* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
122. *Flores y Blancaflor*, por Luis Fernández Ardavín.
123. *La virgen del infierno*, por Alfonso Vidal y Planas.
124. *El señor Adrián el primo* o *Qué malo es ser bueno* (extra.: 1 pta.), por C. Arniches.
125. *Dale un beso a papá*, por Antonio Suárez.
126. *Solera fina*, por J. Abati y J. Fajardo.
127. *El coloso de arcilla*, por Luis Araquistain.
128. *Contra genio, corazón*, por Luis Uriarte.
129. *La Lola* (extra.: 60 cts.), por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
130. *Paloma*, por Felipe Sassone.
131. *El doctor Frégoli*, por Erzcinoff, versión de «Azorín».
132. *Catalina María Márquez*, por Francisco de Viú.
133. *Un caballero español* (extra.: 1 pta.), por L. Manzano y M. de Góngora.
134. *Los hijos de trapo*, por Emilio Méndez de la Torre.
135. *El caballero Lobo*, por Manuel Linares Rivas.
136. *La eterna invitada*, por J. I. Luca de Tena y M. de la Cuesta.
137. *Brandy, mucho brandy*, por «Azorín».
138. *El juramento de la Primorosa*, por Pilar Millán Astray.
139. *La muerte del dragón*, por Pedro Muñoz Seca.
140. *La boda de Quinita Flores*, por S. y J. Alvarez Quintero.
141. *Contrabandista valiente*, por Joaquín Dicenta (hijo).
142. *No tengo nada que hacer*, por Felipe Sassone.
143. *Los marineros*, por Enrique Suárez de Deza.
144. *Aire de fuera*, por Manuel Linares Rivas.
145. *Sinrazón*, por Ignacio Sánchez Mejías.
146. *La protegida*, por Manuel Fontdevila.
147. *Maitena*, por Etienne Decrept.
148. *Old Spain*, por «Azorín».
149. *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet*), por Fernando de la Milla.
150. *La chica del Citroën*, por E. Suárez de Deza.
151. *Como Dios nos hizo*, por Manuel Linares Rivas.
152. *La vida sigue*, por Felipe Sassone.
153. *La tonta del bote*, por Pilar Millán Astray.
154. *Cabrita que tira al monte*, por S. y J. Alvarez Quintero.
155. *Los gorriones del Prado*, por Alfonso Vidal y Planas.
156. *La ilustre fregona*, por Diego San José.
157. *Comedia del arte*, por «Azorín».
158. *Frente a la vida*, por M. Linares Rivas.
159. *Los Cuatro Caminos*, por A. Custodio.
160. *Los salvajes*, por Alberto Ghiraldo.
161. *Los pastores*, por Gregorio Martínez Sierra.
162. *El chico de las Peñuelas*, por C. Arniches.
163. *Martierra*, por A. Hernández-Catá.
164. *El cuarto creciente* y *El señor Sócrates*, por M. Linares Rivas.
165. *Los que no perdonan*, por Eusebio Gorbea.
166. *El Clamor*, por P. Muñoz Seca y «Azorín».
167. *Don Luis Mejía*, por E. Marquina y Hernández-Catá.
168. *¡Sí, señor, se casa la niña!*, por Felipe Sassone.
169. *Te quiero, te adoro*, por E. Suárez de Deza.
170. *El rodeo*, por Luis Araquistain.
171. *Lo invisible*, por «Azorín».
172. *El nido ajeno*, por Jacinto Benavente.
173. *Cándida*, por G. Bernard Shaw.
174. *Tigre Juan*, por Julio de Hoyos.
175. *Gente conocida* y *El hombrecito* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
176. *Boy*, por Manuel Linares Rivas.
177. *«Parodi y Compañía»*, por Sabatino López.
178. *El fenómeno*, por José L. Mayral y J. Silva Aramburu.
179. *La pícara molinera*, por Asenjo y Torres del Alamo.
180. *Don Juan de Carillana*, por Jacinto Grau.
181. *La Meiga*, por F. Romero y G. F. Shaw.
182. *De la noche a la mañana*, por E. Ugarte Pagés y J. López Rubio.
183. *Pepita Jiménez*, por C. Rivas Cherif.
184. *El Conde de Valmoreda*, por M. Linares Rivas.
185. *El mal que nos hacen*, por Jacinto Benavente.
186. *Las hogueras de San Juan*, por J. I. Luca de Tena.
187. *La estrella de Don Benito*, por J. Téllez Moreno.
188. *La copla andaluza*, por A. Quintero y P. Guillén.
189. *La espuma del champagne*, por M. Linares Rivas.
190. *Las Verónicas*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
191. *Nobleza baturra*, por Joaquín Dicenta (hijo).
192. *En Flandes se ha puesto el sol*, por E. Marquina.
193. *Hidalgo, Hermanos y Compañía*, por Felipe Sassone.
194. *El mismo amor*, por Manuel Linares Rivas.
195. *El marido de la señorita*, por Drégely Gábor.
196. *Ternura*, por Henri Bataille.
197. *Más allá de la muerte*, por Jacinto Benavente.
198. *El hombre que vendió la vergüenza*, por J. R. de la Peña y A. Lapena.
199. *El alcázar de las perlas*, por Francisco Villaespesa.
200. *La ermita, la fuente y el río* (extra.: 1 pta.), por Eduardo Marquina.
201. *Cuando ellas quieren* y *Cada uno a lo suyo*, por Manuel Linares Rivas.
202. *El mundo es un pañuelo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
203. *El juicio de Mary Dugan*, por Bayard Veiller.
204. *Los cachorros*, por Jacinto Benavente.
205. *El caballero Varona*, por Jacinto Grau.
206. *El vaticinio o S. S. S.*, por Pedro Muñoz Seca.
207. *Bolívar*, por Francisco Villaespesa.
208. *Camino adelante*, por M. Linares Rivas.